

# Jo, mi Amigo el fantasma

FERNANDO ALMENA





*A Mercedes y Miguel,  
de quienes tanto amor  
he recibido.*



## **Ilustración**

Antonio Perera

## **Coordina la colección**

Equipo Dylar

## **Diseño**

Alfonso Méndez Publicidad

## **Maquetación**

Equipo Dylar

## **Corrección y adaptación**

Alejandra Reyes-Retana G.

## **Impresión**

DECERO

ISBN: 978-84-15966-83-8

Depósito legal: CS-541-2016

© Fernando Almena

© de la edición en castellano

**DYLAR ediciones**

[www.dylar.es](http://www.dylar.es)

[www.dylar.mx](http://www.dylar.mx)

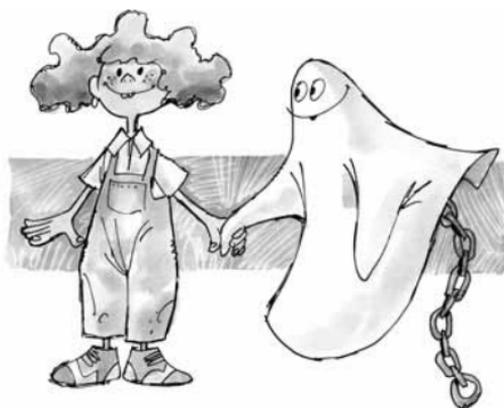


Este libro está impreso sobre papel  
reciclable, ecológico, libre de cloro, y  
contribuye al desarrollo sostenible  
de los bosques.

---

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright,  
queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la  
reprografía y el tratamiento informático.

Podrán emplearse citas literales  
siempre que se mencione su procedencia.



# **Jo, mi Amigo el fantasma**

FERNANDO ALMENA

 DYLAR

# ***Fernando Almena***

---



## **¿Conoces al autor?**

Cordobés de nacimiento.

Sus orígenes como escritor los encontramos en el teatro, género en el que ha obtenido numerosos premios. Más tarde, se adentra en la Literatura Infantil y Juvenil y publica un gran número de libros, que se reparten entre teatro y novela, aunque también ha publicado poesía y cuento.

En novela para niños, ha sido galardonado con el Premio El Barco de Vapor y en teatro infantil, con el Premio AETIJ y el Premio Teatro Guerra. Incluido en la lista de honor del Banco del Libro de Venezuela y por tres veces en la de la Comisión Católica Española de la Infancia (CCEI).

Variado no sólo en los géneros que escribe, sino también en las temáticas: de carácter histórico, ciencia ficción, leyendas, fantasía, humor...

## ***Rellena tu ficha***



El autor de «¡Jo, ¡qué fantasma!»  
se llama.....  
y nació en .....

Lo primero que escribió pertenecía  
al género del.....

Obtuvo el Premio .....  
..... en novela infantil  
y el Premio ..... y el  
..... en  
teatro infantil.

Escribe sobre temas variados  
como .....  
.....  
.....





## ***El país de los fantasmas***

**J**o era un fantasma muy joven. Tan joven como travieso. No había fantasmita tan revoltoso como Jo en todo el País de los Fantasmas.

El País de los Fantasmas se encuentra en un lejano rincón del mundo de la Fantasía. Muchos son los que han intentado localizarlo. Pero sin éxito. El mundo de la fantasía es demasiado extenso. Dicen que está hecho de sueños y los sueños son infinitos.

Los sueños son más ligeros que el aire, que una nube y que el canto del ruiseñor. Por eso nadie los logra apresar.

Con los sueños se construyen los cuentos. Cuentos de imprevisto: de boca en boca, de padres a hijos, de abuelos a nietos y a menudo, se posan en los libros.

Los fantasmas no tienen cuerpo material, son espíritus. Visibles sólo entre sí. Como su mayor diversión es asustar a los humanos, suelen cubrirse con una sábana, pues si no, nadie los vería. Y si nadie los viera, ¿a quién iban a asustar?

Los fantasmas se preparan en su país para asustar a la gente. Y sólo cuando están muy entrenados, deciden viajar al mundo de los humanos. Claro que, aun así, muchos fracasan. Los más astutos suelen meterse en un castillo y, ahí es más fácil. Un castillo sin fantasma ni es castillo ni es nada.

Los visitantes de los castillos ya van con la idea de que entre sus muros se esconderá un fantasma. Así que en cuanto aparece envuelto en su sábana o arrastrando cadenas, empiezan a dar unos gritos horribles y el fantasma disfruta de lo lindo al sentirse terrorífico.

De los turistas que visitan los castillos, los más gratos para los fantasmas son los americanos. Gritan a coro y acompasados, pues antes de salir de su país para visitar castillos, suelen hacer un curso de gritos y sobresaltos. El único inconveniente es que, a veces, manchan de refresco o de mostaza la sábana del fantasma y se les queda más tiesa que un soldado delante de un general. Aunque peor es cuando les quitan la sábana para llevársela de recuerdo. Al pobre fantasma lo dejan desnudo como una rana. Suerte que sea invisible.

Los visitantes más discretos de los castillos son los japoneses que, en vez de gritar, sonrían y toman fotos. Cuantas más, mejor.

Los dueños de castillos se desesperan cuando se quedan sin fantasma. Algunos tienen que contratar a alguien del pueblo para que actúe de fantasma, pero no suele dar buen resultado porque los castillos son muy fríos y el fantasma falso se enferma. Los turistas se

dan cuenta del engaño en cuanto estornuda. No existe nada más ridículo e increíble que un fantasma engripado.

Los turistas más desagradecidos para los fantasmas son los españoles. En vez de asustarse, se dedican a tocar los muebles y cuadros del castillo o a levantarle la sábana al fantasma para ver qué lleva debajo. Cuando no, a escribirle mensajes en la sábana: «Aquí estuvo Pantaleón con su mamá de excursión», «Por aquí pasó Felipe cuando se curó de una gripe». No comprenden que los fantasmas son insensibles a su espíritu poético.

Pero no todos los fantasmas tienen la suerte de encontrar un castillo libre. Por eso muchos fracasan y tienen que regresar a su país sin haber conseguido asustar ni a una inocente monjita.

Uno de los mayores fracasos que se recuerdan en el País de los Fantasmas fue el de aquel que, a falta de castillo, eligió una lavandería como campo de operaciones. Lo metieron, junto con su sábana, en una de las lavadoras e in-

cluso lo centrifugaron. Tuvo que volver a su país y poner un carrusel, porque desde entonces no sabía más que dar vueltas.

Sí, Jo era un fantasma muy joven. Tan joven como travieso. Ya quedó dicho. En todo el País de los Fantasmas no había fantasmita tan revoltoso como él. Ni fantasma que no temblara al oír su nombre. Pero el fin de los fantasmas no es temblar, sino que tiemblen los demás.

Jo asistía a la escuela, donde todos los fantasmitas aprendían el arte de asustar a los seres humanos. El maestro era un fantasma viejo, veterano de muchos miedos y con el prestigio de haber aterrorizado a numerosos cantantes y dentistas, que son los únicos que últimamente pueden permitirse el lujo de vivir en un castillo. En los castillos antes vivía la nobleza. Pero ahora los nobles subsisten de lo mismo que los escritores de cuentos.

En la escuela el maestro enseñaba todo lo que un fantasma que se precie debe conocer.

—A ver, niños, ¿la «u» con la «hache»?

—¡Uuuh...! —repetía la chiquillería fantasmal. Y se estremecían las invisibles paredes de la escuela.

A Jo estas clases le parecían una tontería. Pensaba que ya sabía todo lo que un fantasma necesita para conseguir que huya aterrado cualquier humano que se ponga al tiro.

Si el maestro preguntaba:

—¿Cómo asustarían a una señora imponente, de esas que viven en los castillos y a las que nada parece asustar?

Unos respondían con un «¡uuuh...!» prolongado. Algunos, agitando los brazos. Otros, imitando el sonido de las cadenas al ser arrastradas.

Jo, en cambio, se echaba a reír y decía:

—¡Qué bobada! Metiéndole un sapo por el escote.

Y también:

—¡Está regalado! Metiéndole un caimán en la tina.

El maestro fruncía el ceño y regañaba a Jo:

—No es serio que un fantasma haga esas salvajadas. Un fantasma es un



profesional y ha de atenerse a las normas de la fantasmería.

Pero Jo pensaba que cualquier medio es lícito para asustar a la gente. Y si además es divertido, mucho mejor. Opinaba que un fantasma debe tener imaginación. No limitarse a la sábana, a las cadenas y a cuatro grititos de búho tartamudo. Y defendía que un fantasma tiene que ser original a la hora de meter miedo. No como los humanos, que para asustar, sólo saben valerse de Hacienda, de la suegra o de un amigo bravucón.

La razón por la que a Jo le gustaban las travesuras era que quería practicar para cuando fuera al mundo de los humanos. Y práctica no le habría de faltar, no.

En cierta ocasión, a un fantasma que iba por vez primera al mundo de los humanos, le cambió las cadenas por una paquete de salchichas.

El fantasma tuvo la suerte de encontrar libre un castillo en Inglaterra. Pensaba aterrorizar con el ruido de sus cadenas